

GUILLERMO OLIVETO

HUMANIDAD AMPLIADA

FUTUROS POSIBLES ENTRE
EL CONSUMO Y LA TECNOLOGÍA



G U I L L E R M O O L I V E T O

HUMANIDAD AMPLIADA

FUTUROS POSIBLES ENTRE
EL CONSUMO Y LA TECNOLOGÍA

 Planeta

ÍNDICE

Agradecimientos	7
Prólogo: Un punto	13
Capítulo 1: Humanidad ampliada	23
¿Vamos bien o vamos mal?	23
Cosas y No-cosas	39
¿Qué es real cuando todo puede serlo?.....	57
Capítulo 2: Una potente fragilidad	71
Excitados y debilitados	71
El peligro de extraviar la verdad.....	78
¿Qué vino a decirnos la pandemia?	86
Los fines del mundo	91
La nueva cultura híbrida	100
Capítulo 3: Hiperconsumo, gloria y atracción	109
La fantasía anticapitalista.....	109
Los riesgos de pensar entre la euforia y el pánico	117
El triunfo del capitalismo de seducción	123
El viaje como objeto de deseo.....	134
El elixir capitalista.....	138

Capítulo 4: La sociedad de la decepción	145
El país de Cucaña	145
¿En serio queremos volver atrás?.....	152
Un mundo de clase media.....	160
Clase media: bendición y complejidad.....	170
Capítulo 5: Esclavos de nuestro narcisismo	179
La hipertrofia del deseo	179
El VIP de la vida	184
La agotadora felicidad.....	190
La caramelera y el tiempo.....	198
Libertad vs. seguridad	206
Capítulo 6: ¿Marionetas de los algoritmos?	219
Show me the data.....	219
Las trampas ocultas de la Big Data.....	228
La ira.....	236
¿La dictadura de los clicks?.....	246
Capítulo 7: Superhumanos	255
La persona del año	255
Máquinas humanas	263
Transhumanos. Posthumanos. ¿Inhumanos?.....	270
Enamorados de una ilusión.....	281
Capítulo 8: Futuros posibles	293
La caverna digital	293
Utopías y distopías.....	299
The crazy ones (los locos).....	306
Medios y mensajes.....	313
¿El fin de la Ilustración? Occidente	317

¿El fin de la Ilustración? Oriente	323
Cíborgs	330
Capítulo 9: Mentalidad ampliada	339
Cambio y permanencia	339
Conocimiento ampliado	344
Sí y no.....	349
La Singularidad humana.....	353
¿Atrapados en las burbujas?	360
Hipercomplejidad	365
Un filósofo en la sala	370
Sensatez	381
Capítulo 10: Pensar la complejidad	387
El bucle infinito	387
¿Simplificar?	394
Una humilde ambición	400
Interfaz.....	405
Hacer	410
Epílogo: ¿Vamos bien o vamos mal?	419
Orden y desorden	419
El magnetismo de la tecnología.....	423
El encanto del consumo	432
Lucidez.....	437
¿Consumidos?	446
La esperanza realista.....	455
El sistema	461
El buen vivir	465

Capítulo 1

HUMANIDAD AMPLIADA

¿Vamos bien o vamos mal?

Tanto la tecnología como el consumo fueron fenómenos que reconfiguraron el estilo de vida global en el final del siglo XX y especialmente en lo que va del XXI. No son pocos los intelectuales que los han criticado, culpándolos de todos los males que aquejan hoy a los individuos y a las sociedades –angustia, depresión, vacío, desconexión, apatía, exceso de narcisismo, individualismo–. Incluso se ha argumentado que el proceso de aceleración está desmadrado y se encuentra ya muy lejos del control de sus propios creadores. Si el hombre sigue como va, argumentan, se dirige a su propia ruina, a la indefectible destrucción. El exceso de tecnología lo enfrenta al riesgo de perder su condición humana. Dejaríamos así de ser *Homo sapiens*, quedando a merced de la Big Data y los algoritmos. Finalmente nos rendiríamos al poder de los autómatas con inteligencia artificial, volviéndose así lo humano un hecho inútil.

El exceso de consumo ubica al hombre ante el peligro de perder su individualidad y su diferenciación y lo conduce

a un positivismo extremo (la dictadura del *like*), cayendo “en el infierno de lo igual”. En “la sociedad de consumidores” ya no es la producción la que genera identidad, sino el consumo: “Según lo que tengo, soy”. Presos de la enorme inseguridad que genera vivir en un entorno en el que, como propone Instagram, la vida debe ser siempre bella, estos seres narcisistas se viven ahogando en su propia impotencia. El sistema siempre se ocupa de correrles el arco.

La crítica intelectual al devenir de los acontecimientos es muy útil para advertir los riesgos, sí, pero subestima la profundidad de lo que está ocurriendo. Como si quisiera detener un tren que avanza a toda marcha sin maquinista, pretende volver a un mundo que ya no existe. O lo que es peor, frenar la historia.

Sin embargo, la sociedad global no parece estar haciéndole demasiado caso a los intelectuales y sus críticas.

El reporte anual “Digital 2022”, publicado en conjunto por la agencia creativa We Are Social –especializada en redes sociales– y la plataforma tecnológica Hootsuite –líder mundial en la gestión de redes–, articula información de múltiples fuentes reconocidas, como GWI, Statista y más. Allí se nos informa que hoy el 62,5% de la población mundial está conectada a Internet. Son 4950 millones de personas que se conectan unas siete horas al día en promedio. La velocidad y el vértigo nos hacen perder perspectiva. Tendemos a suponer que siempre fue así. No es cierto. En el año 2000, apenas dos décadas atrás, solo el 6% de la población global accedía a la web –360 millones de personas–.

Casi la mitad de los habitantes del planeta tiene todo el día en sus manos un *smartphone* (3800 millones de perso-

nas), mientras que en 2015, eran menos de la mitad, “apenas” 1800 millones. El uso promedio de los teléfonos inteligentes es de cinco horas por día. Y subiendo.

Observadas desde el prisma de la crítica –muchas veces con razón–, las redes sociales no paran de crecer. Más de 4600 millones de personas tiene al menos una cuenta activa en alguna de ellas. Un lustro atrás, eran 2100 millones. Eso es el 58% del total de la población mundial, pero si lo medimos entre los que tienen más de 13 años el porcentaje crece sustancialmente y pasa a ser del 75%, es decir 3 de cada 4 personas. Un usuario promedio pasa en sus redes unas dos horas y media por día. Las mujeres más jóvenes, de 16 a 24 años, tienen el récord de tiempo de conexión diario: 3 horas y 13 minutos. A medida que decrece la edad, cae la inversión temporal que se realiza en redes sociales. Aun así, los mayores de 55 años se conectan, en promedio, una hora y media por día. En 2013 ese era el tiempo promedio de conexión para todas las edades. Conclusión: las redes absorben cada vez más tiempo de nuestra vida y esto les pasa a casi todos. Un dato adicional: por mes se usan 7,5 redes diferentes. El nivel de *overlapping* o superposición entre ellas es fenomenal. No es para nada llamativo entonces que el número de usuarios activos de las plataformas más relevantes haya superado cualquier previsión inicial.

Ningún país del mundo tiene más habitantes que Facebook (2900 millones), ni YouTube (2560 millones), ni WhatsApp (2000 millones). Instagram supera por poco a China e India (tiene 1500 millones de usuarios activos). Tik Tok, que se sumó al juego recién en septiembre de 2016, ya tiene 1000 millones de *tiktokers*.

¿Tiene sentido seguir negando que algo demasiado relevante está pasando? La pandemia de Covid-19 dejó una aceleración aún mayor del fenómeno. Para sobrevivir hicimos lo mismo que nuestros ancestros: nos guarecimos en la caverna. Solo que ahora fue una caverna digital.

El 11 de abril de 2020, luego de un durísimo confinamiento tras la primera ola de la pandemia, abrieron los locales comerciales en China. Mientras muchos se preguntaban para qué, la tienda de Hermès ubicada en el centro comercial Taikoo Hui en la ciudad de Cantón, vendió 2,5 millones de euros en un día. Récord histórico para una marca de lujo en la historia del gigante asiático. Desde una mirada superficial se menospreció el hecho presumiendo la superioridad intelectual de Occidente y adjudicando lo que parecía un sinsentido a la brecha cultural y geográfica: “Los chinos son raros”.

Exactamente un mes después, el 11 de mayo de 2020, abrieron los comercios en Francia. Esos occidentales en teoría tan diferentes hicieron exactamente lo mismo. En una mañana fría y desangelada los parisinos se abarrotaron sobre los locales de Zara, incluso antes de que levantaran sus persianas. Al ingresar festejaban con algarabía lo que muchos juzgaron en Twitter y en los medios masivos como una banalidad e incluso una tremenda irresponsabilidad. ¿Los franceses son raros?

El fenómeno se dio en llamar “consumo revancha”.

En realidad, se malinterpretó el suceso. La gente no estaba yendo a comprar camisas, jeans o zapatos. Lo que sucedía era sustancialmente más relevante. En una sociedad en la que el consumo es el gran metro patrón de casi todas

las cosas, fueron a buscar algo de la vida que tenían y que el virus les había arrebatado de un modo tan repentino como inesperado.

Eso no fue consumo revancha. Eso fue la revancha de la vida.

Otra vez: ¿tiene sentido negar que algo trascendente está ocurriendo aquí?

Ambos fenómenos se retroalimentan. La tecnología potencia el consumo y el consumo potencia la tecnología. Nacieron juntos. Van de la mano.

Steve Jobs y Bill Gates fueron pioneros en entenderlo y a finales de los 70 y comienzos de los 80 lanzaron una flecha hacia adelante que ya no se detendría. Silicon Valley, Bangalore y la mismísima China ex comunista y ahora fervientemente capitalista se subieron rápido a la ola. El sistema financiero obviamente huele el dinero a la distancia y de ningún modo iba a mirar el juego desde afuera. Se dedicó a lubricarlo todo lo que pudo, no sin ciertos incidentes mayúsculos, como la crisis global de 2008-2009, aunque siempre resiliente.

Es en este contexto donde discutir si este mundo es mejor o peor que el que teníamos antes resulta un ejercicio inconducente. Es más útil y operativo intentar comprender de qué está hecho, cómo se estructuran sus mecanismos, y desarrollar habilidades para poder operar en él.

Lo primero que tenemos que comprender entonces es que estamos asistiendo a una transformación estructural. Y cada vez que al ser humano le cambian las reglas del juego, se desorienta, se siente perdido. Les sucede a los medios de comunicación, a las marcas, a los políticos, a las empresas

y obviamente a los individuos, que imposibilitados de escapar del vértigo solo atinan a tratar de vivir (o sobrevivir).

La pandemia generó aún más confusión. El virus y los confinamientos produjeron una implosión de la temporalidad. En 2021 muchas personas decían “el año pasado” por 2019, como si el 2020 nunca hubiese existido. Sil Almada, la fundadora de Almatrends Lab, lo llamó “el unitiempo”. Una instancia confusa, borrosa y, en simultáneo, vertiginosa, donde vivimos en una especie de *jet lag* incesante.

La paradoja es que en un año en el que se produjo lo que a nivel colectivo fue el acontecimiento más traumático que haya vivido de manera sincrónica, global, transversal e interconectada la enorme mayoría de las personas sobre el planeta –por no decir *todas*– tuvo en muchos casos el carácter de una ilusión. Resultó tan difícil de procesar, que en un punto es como que no hubiera ocurrido. El tiempo se detuvo. Se vivió en *slow motion*.

Y en paralelo se produjo “la gran aceleración”: la tecnología avanzó cinco años en uno. Nos abrazamos a ella y ella nos salvó, nos protegió, nos permitió seguir adelante. ¿El precio? A quien podría interesarle ese detalle cuando lo que estaba en riesgo era la propia vida y la subsistencia económica.

En 2018 el novelista y ensayista italiano Alessandro Baricco publicó *The Game*, un libro que terminaría resultando profético. Allí afirmaba que lo que ya se venía viendo en múltiples ámbitos de los negocios, como el *retail*, la prensa o las finanzas, era un fenómeno más trascendente que atravesaba toda la cultura. Lo que habían sufrido los diarios impresos o las revistas frente a la irrupción de los medios

digitales y las redes sociales, al igual que lo que les ocurrió a los comercios físicos ante el avance del *e-commerce*, no eran de ningún modo hechos aislados. O síntomas inconexos de procesos fallidos que afectaban a industrias específicas. Por el contrario, resultaban apenas una pequeña expresión de un movimiento de placas tectónicas que se estaba produciendo bajo la superficie. Más allá de las resistencias lógicas que acarrea todo proceso de transformación, continuar con la negación se tornaba una necesidad.

Lo que plantea en su libro el singular pensador italiano es que la tensión entre los tecno-escépticos y los tecno-optimistas nos estaba haciendo perder de vista un proceso que resultaba a todas luces evidente.

El acertado abordaje que desgrana a lo largo de su ensayo es que ya no tiene sentido continuar pensando el mundo bajo la lógica antinómica de físico versus digital. Ese es un enfoque obsoleto. Para Baricco el “mundo” –territorial, físico, analógico– está hoy entrelazado con un nuevo “ultramundo” –digital, virtual– de tal modo que resultan indistinguibles el uno del otro. Ambos constituyen una única nueva cosa, que no es lo uno o lo otro, sino la fusión de ambos.

“No estoy diciendo que el hábitat del hiperhombre digital sea el ultramundo de la web. La cosa es mucho más sofisticada. Su hábitat es un sistema de realidad con una doble fuerza motriz, donde la distinción entre mundo verdadero y mundo virtual se convierte en una frontera secundaria, dado que uno y otro se funden en un único movimiento que genera, en su conjunto, la realidad. Ese sí que

es el campo de juego del hombre nuevo. Es un sistema en el que el mundo y el ultramundo giran uno dentro de otro produciendo experiencia, en una especie de creación infinita y permanente. Este es el gesto genial llevado a cabo por la web: dotar al mundo de dos corazones que bombean realidad armónicamente.”

¿Tuvo razón el filósofo francés Jean Baudrillard al vaticinar “el asesinato de la realidad” en su controvertido libro *El crimen perfecto*, de 1996? Allí argumentaba que lo real se diluía a partir de las creaciones de avanzada del hombre. Vivíamos en un nuevo entorno en el que sobreabundaba la información, dominaba la tecnología y nos zambullíamos en cuerpo y alma en una creciente virtualidad. Algunos años después, en 2002, publicaría otro ensayo inquietante, *La ilusión vital*. Como quien es consciente del efecto de sus dichos y de la polémica que generaron, volvió sobre el punto con vocación didáctica: “Vamos a aclarar este punto: si lo real está desapareciendo, no es debido a su ausencia; es más, hay demasiada realidad. Este exceso de realidad es lo que pone fin a la realidad, al igual que el exceso de información pone fin a la información y el exceso de comunicación pone fin a la comunicación”.

Desde un punto de vista tradicional, probablemente la respuesta debiera ser que sí: entonces Baudrillard tenía razón. Fue de tal magnitud el impacto de la irrupción digital que todo el sistema de orientación de los seres humanos quedó desarticulado. Aunque desde la perspectiva actual, veinte años después, no es necesariamente así. El pensador francés no pudo, no supo o no quiso ver lo que sería capaz

de registrar Baricco más adelante en el tiempo y con otro set de evidencias en la mano. Decía en aquel momento: “El mundo y su doble no pueden ocupar el mismo espacio, porque el doble es un perfecto sustituto artificial y virtual del mundo. El conflicto entre ellos es inevitable”. Para él la realidad había muerto desde el mismo momento en que nos adentramos en un mundo virtual que operaba como un simulacro. Su tesis bien podría ilustrarse con una película contemporánea: *The Truman Show*. Fue estrenada en 1998 y protagonizada por Jim Carrey, quien dejaba de lado las comedias, por cierto varias de ellas muy efectivas, para encarnar un personaje y una historia que más que risa provocaban una inquietante pregunta: ¿y si todo fuera mentira? ¿Y si la vida misma fuera un guión que alguien escribió para nosotros y que millones están mirando por televisión? ¿Y si nosotros mismos no existiéramos tal como creemos? ¿La vida de Truman era el simulacro del que hablaba Baudrillard?

Su tesis de “el mundo y su doble” expresaba la visión dominante del siglo XX, que veía entre el mundo físico y el mundo digital una lucha a muerte, un juego de suma cero en el que indefectiblemente debería haber un único ganador. Durante años fue *vox populi* prever la muerte de prácticamente todo, no solo de “lo real”. Desaparecerían los diarios, los libros, los comercios, los *shoppings* y hasta los autos. Esa masacre masiva de industrias enteras se presagiaba para no más allá de los años 2000. El mundo físico sucumbiría frente al poder de lo nuevo, lo deslumbrante, la luminosidad de una nueva era que volvería oscuro todo lo precedente. Si la pelea era por la supervivencia, a diario se

escribía la crónica de una muerte anunciada. Lo que ocurrió en ese punto de la historia fue exactamente lo contrario: estalló la burbuja de las punto.com. Yéndose al otro extremo, de manera osadamente errónea y con tintes de venganza, no fueron pocos los que se apresuraron a finiquitar la revolución digital amparándose en que la mayor parte de las compañías del mundo digital no eran capaces de tener un modelo de negocios sustentable. Si las dejaban de financiar, se caían. Donde creyeron ver una prueba concreta de debilidad, se manifestaba la etapa iniciática de un largo recorrido. Como suele ocurrir, en estas instancias se producen muchos errores y la lógica darwiniana emerge descarnada. Solo sobrevivieron los más aptos.

Con la ventaja de haber sido testigos de la historia, hoy nos queda más claro que la lógica no era sustitutiva sino aditiva. El juego no era de suma cero. Por el contrario, traía en sus entrañas un efecto multiplicador. No se trataba de apostar a un ganador. El ímpetu de la juventud digital se encontró con el aplomo y la sabiduría de la añosa territorialidad.

Hoy lo virtual por supuesto es también real. La realidad es un nuevo objeto que surge del sentido que emanan, en términos de Baricco, los dos corazones de un mismo sistema, ya único, indivisible, irreversible. Un sistema dual que bombea realidad armónicamente de manera indistinta, desde cualquiera de sus corazones.

En enero de 2022, Neymar Júnior, uno de los grandes astros del multimillonario negocio del fútbol global, adquirió dos ilustraciones digitales cuyo carácter y por ende sus precios resultaban análogos a obras de arte físicas. Pagó por

ellas más de un millón de dólares. Lo hizo con su billetera digital y usó la criptomoneda Ethereum, el único medio de pago posible para ejecutar la operación. Las ilustraciones pertenecían a la colección Bored Ape Yacht Club (BAYC) en el mercado de NFT (not fungible token o token no fungible) más grande del mundo, la plataforma OpenSea. Neymar usó la obra “El mono aburrido” como foto de perfil en distintas redes sociales.

Los NFT son activos únicos porque son no fungibles. Es decir que no se pueden modificar ni intercambiar por otro que tenga el mismo valor, ya que no hay dos NFT que sean equivalentes, al igual que no hay dos cuadros que lo sean. Tienen un certificado de autenticidad y se los trata como originales, del mismo modo que podría serlo una obra de Picasso o una de Berni. Se pueden vender o comprar como tantos otros bienes, pero al ser no fungibles su condición de unicidad garantiza que habrá un solo poseedor de ese objeto. El concepto tiene milenios. La novedad es que ahora se ha trasladado del mundo físico al digital.

¿Puede una imagen digital que no existe físicamente tener un valor de medio millón de dólares? En la vieja concepción del mundo, absurdo. En la humanidad ampliada, claro que hace sentido.

Las criptomonedas habían pasado del escepticismo al fanatismo en un período que, en términos históricos, resulta apenas un instante. Es evidente que menospreciar su existencia, su poder y su capacidad de atracción solo porque no podemos tocarlas habla mal de nosotros, no de ellas. Del mismo modo, cuando un activo o una inversión se confunde con una moda, la experiencia histórica demues-

tra que el riesgo de gestar una burbuja es alto. El fanatismo ciego nunca es un buen consejero.

Como en todas las cosas, y sobre todo en la tecnología, donde las novedades irrumpen y cautivan con una intensidad de vértigo, al estilo “fiebre del oro”, tarde o temprano el mercado se encarga de depurar, tamizar y calibrar. En la salida de la pandemia, subiéndose a la ola de la aceleración digital, las criptomonedas brotaban detrás de los árboles. Parecía el negocio del momento. Todo lo demás resultaba prácticamente una banalidad. Si el bitcoin que había comenzado siendo “nada” de pronto podía cotizar casi 70.000 dólares, toda proyección resultaba verosímil, incluso las que lo veían llegar al valor de un millón de dólares por unidad.

De pronto frente a la sucesión de subas de la tasa de interés de la Reserva Federal de los Estados Unidos (FED) para intentar contener una inflación desbocada -8,6% anual a mayo de 2022-, se produjo lo que se dio en llamar “el crash cripto” entre mayo y junio de 2022. Algunas monedas desaparecieron y sus tenedores perdieron todo el dinero, otras imposibilitaron o limitaron las chances de “salir” para regresar a los antiguos billetes analógicos y las más grandes simplemente destrozaron riqueza con el mismo ímpetu con que la habían creado. Desde aquel “techo” de los casi 70.000 dólares por unidad, el bitcoin retrocedió a la zona de los 20.000 dólares en un “baño de realidad”.

Naturalmente las tensiones propias de un suceso disruptivo no tardaron en volver a emerger. Como una síntesis perfecta de lo que implica la humanidad ampliada, del lado de los defensores cripto se ubicó el gigante Elon Musk, mientras que del lado de los detractores se paró otro nom-

bre XXL: Warren Buffett. Uno moldeado en la era digital; el otro, en la analógica. Por si no bastara con ellos, se sumó al debate global Bill Gates, quien si bien es uno de los padres fundadores de la revolución tecnológica, suscribió a la cosmovisión de Buffett, el “oráculo de Omaha”. Ambos sostienen argumentos similares: no tiene sentido invertir en un activo que no produce nada y cuyo único valor es que otro lo quiera comprar. Es decir, ven a las criptomonedas más cerca de un sistema Ponzi donde siempre alguien será “el último de la fila” que de una fuente real de valor económico que pueda generar cosas reales.

Circuló por aquellos días oscuros para las monedas digitales un video de Buffett en Tik Tok en el que decía: “Si me dijeras que eres dueño de todos los bitcoin del mundo y me los ofrecieras por 25 dólares, no los aceptaría. Porque: ¿qué podría hacer con ellos? Tendría que vendérselos de nuevo, de una forma u otra, a la misma gente. Pero no van a hacer nada. Los departamentos van a producir alquiler y las granjas producirán alimentos... Si los tuviera todos podría crear un misterio alrededor de ellos, pero todos saben cómo soy. Si estoy tratando de deshacerme de eso, la gente dice: ‘Bueno, ¿por qué debería comprarte algunos bitcoins? No te voy a dar nada por ellos’. Y tendrían razón. Eso explica la diferencia entre los activos productivos y algo que depende de que el siguiente que compre pague más que el último”.

El 14 de junio de 2022, Andrew Bailey, el gobernador del Banco de Inglaterra, le dijo a legisladores en Londres: “Si quieren invertir en estos activos, de acuerdo. Pero prepárense para perder todo el dinero. La gente puede seguir queriendo comprarlos porque tienen un valor extrínseco

[...] la gente valora las cosas por razones personales. Pero no tienen valor intrínseco”.

Un día después, en la conferencia pública TechCrunch, Bill Gates volvió a confirmar su posición contraria a las monedas virtuales: “Estoy acostumbrando a una cierta clase de activos, como una granja, donde tienen producción, o una empresa, donde elaboran productos. No así a las criptomonedas o los NFT que están 100% basados en una especie de teoría del más tonto, según la cual alguien va a pagar más por eso que yo, y donde hay un anonimato que evita impuestos o cualquier regla gubernamental. De todos modos no estoy involucrado en esto. No compro ni vendo ninguna de esas cosas, ni en corto, ni en el largo plazo”. Para luego rematar con ironía: “Obviamente las costosas imágenes digitales de monos van a mejorar el mundo”. Ya en una entrevista que le realizó *Bloomberg Technology* en febrero 2021 había alertado sobre el riesgo que se corre con este tipo de inversiones en mercados de extrema volatilidad: “Hay gente que se deja llevar por estas manías que quizá no tengan tanto dinero de sobra. Así que no soy optimista con el bitcoin. Si tenés menos dinero que Elon, mejor salí de ahí”.

Elon Musk se ha manifestado públicamente como un fanático de las criptomonedas, ha invertido en ellas y ha recomendado hacerlo. El 8 de mayo de 2021 recomendó fervientemente Dogecoin, twitteando “Call me Dogefather” erigiéndose en algo así como el padrino de la cripto. Su valor llegó a las nubes. Se mantuvo allí unos días y luego comenzó a caer. En junio 2022 valía prácticamente cero: 5 centavos de dólar. A mediados de ese mes, tanto él como sus empresas fueron acusados por haber sido partícipes de

una estafa piramidal inflando el precio de la moneda digital de manera artificial. La demanda la realizó un ciudadano americano damnificado: se presentó el jueves 16 de junio de 2022 en el tribunal federal de Manhattan y fue de nada menos que de 258.000 millones de dólares.

El tema, por supuesto, no es banal. En el citado reporte “Digital 2022” se indicaba que entre la población global de 16 a 64 años que usaba Internet, el 10% ya tenía, antes del crash, una inversión en criptomonedas. En Turquía y Argentina, dos países con devaluaciones frecuentes de sus monedas, ese valor superaba el 18%.

Los tenedores de criptos aprendieron a los golpes dos viejas leyes de las finanzas: los árboles no crecen hasta el cielo y las inversiones de riesgo, como su nombre lo indica, conllevan la posibilidad de ganar pero también la de perder. Los activos digitales no escapan a las generales de la ley del resto de los activos.

Como señalé más arriba, procesos como este ya los vimos con la crisis de Internet a comienzos de los 2000. Y luego la tecnología siguió su curso, al igual que el mundo físico. Hasta llegar a esta instancia en la que lo uno y lo otro se hibridaron de tal manera que ya no hace sentido distinguirlos porque son parte de una unicidad estructural.

Es de prever que en esta emergente configuración los activos digitales sí hagan sentido, dado que están llamados a tener un rol en una de las dimensiones de esa unicidad que contiene al mundo y al ultramundo. Lo que está en discusión es el orden de magnitudes. Algo imposible de saber en la actualidad, dado que el proceso está en plena gestación. Es lógico que haya miradas enfrentadas y apuestas disímiles. Al fin

y al cabo, de eso se tratan los mercados. Desde su existencia original, el mercado siempre estuvo hecho de vendedores que pensaban que algo tenía un determinado valor y se cruzaban con compradores que lo convalidaban o lo rechazaban hasta que se ponían de acuerdo y las transacciones se concretaban. Sea en el territorio físico o en el universo virtual, los mercados son mercados. La lógica comercial, que es profundamente humana, trasciende esta división, que ha perdido espesor.

Tal vez la otra lección que no haya que olvidar es que, aunque la irrupción de lo digital parece llevar todo a un nivel de abstracción sumamente impersonal, las personas siguen existiendo. Y toman decisiones. Lo uno no reemplaza lo otro. Es lo uno y lo otro.

Este es el nuevo entorno en el que vivimos y viviremos. La mutación a la que estamos asistiendo define una reconfiguración de carácter fisonómico. Entramos de manera irreversible en una instancia superadora de nuestra evolución como especie

Seguimos siendo humanos, sí. Pero no exactamente como antes. La tecnología y el consumo son ahora parte de una condición humana de nuevo tipo. Han expandido nuestras posibilidades. Consecuentemente se amplía nuestra existencia. Nos han transformado en humanos potenciados. Sin tecnología y consumo nos cuesta mucho vivir en la cultura contemporánea.

Sean bienvenidos a la humanidad ampliada. No pretenden escapar. No hay dónde.

Más que criticar o añorar –algo que hoy se asemejaría al perro que ladra detrás de la puerta, ruidoso pero inofensivo–, es más interesante, atractivo y útil tratar de entender.

Solo si somos capaces de comprender de qué está hecho el estilo de vida en el que nos adentramos a toda velocidad, tendremos al menos la posibilidad de navegarlo con cierta prestancia.

Y así poder responder LA pregunta que nos inquieta y nos quita el sueño, tanto a nivel colectivo como individual:
¿Vamos bien o vamos mal?